

CAPÍTULO XXVIII.

(1865)

Donativo de la archiduquesa Carlota á las familias pobres de Zitácuaro.—Retirada del General Arteaga.—El desierto de la tierra caliente.—La insolación.—Regreso á Tacámbaro.—Alarma.—El campamento.—La presencia de Salazar.—Batalla de Cerro Hueco.—La derrota.—Ferocidad del enemigo.—Episodio masónico.—Después del desastre.—Desaparición de Arteaga.—Don Procopio Rodríguez.—La victoria de Cerro Hueco para los imperialistas.—Enemistad entre Méndez y Van der Smissen.—Caballerosidad de este Jefe.—Digna conducta de Arteaga.—La renuncia de Del Moral.

Desde que se tuvo noticia en Morelia de la expedición que hacía nuestro ejército por el interior del Estado, el teniente coronel Van der Smissen, jefe de la legión belga, trató de tomar la *revancha* por el revés que una parte de sus fuerzas había sufrido en Tacámbaro el 11 de Abril. A este efecto mandó que se le incorporase el destacamento que se hallaba en Zitácuaro. Dispuso al mismo tiempo que la fuerza de Méndez formara parte de la sección con que iba á salir á campaña. Todo estaba dispuesto, cuando la archiduquesa Carlota, deseando dar una muestra pública de sentimientos generosos, determinó que se repartiese entre las familias de Zitácuaro que habían sufrido mayor pérdida en el incendio de aquella ciudad, la suma de *tres mil pesos, de su caja particular*. Méndez fué el escogido para hacer esa obra de caridad, y en consecuencia Van der Smissen difirió su expedición.

Las pocas familias que vivían en Zitácuaro, habitaban debajo de cobertizos provisionales, sin muebles, afrontando los rigores de las estaciones y sufriendo los estragos de la miseria.

En aquellas circunstancias llegó Méndez á la expresada población y desde luego nombró una junta de señoras para que designaran las familias que debían socorrerse: mas como ninguna quiso aceptar, personalmente se dirigió al aduar de la señora viuda del Dr. Víctor Izazaga y le ofreció su parte de donativo, en nombre de *S. M. la Emperatriz*.

—Mucho agradezco á esa noble señora su generosa caridad; mas no puedo ni debo aceptarla, porque cuando los belgas incendiaron nuestro hogar, acogimos el hecho como un sacrificio á nuestra patria.

—¿Y no tuviera vd. al menos la bondad de indicarme entre quiénes pudiera yo hacer el reparto?

—Todas las familias que conozco se componen de personas dignas, y no sería yo quien les hiciera la ofensa de creer que aceptarían esa limosna.

Méndez, mordiéndose los labios de despecho, se retiró á su alojamiento. En seguida mandó publicar avisos en las esquinas invitando á los indigentes á que fuesen á recibir el auxilio pecuniario que se les ofrecía. Ni una alma se presentó. “Los indomables y heroicos hijos de este país,—dice una carta de Darío Alzati—que están resueltos á sucumbir primero bajo el peso de la miseria, se negaron á recibir la protección de las manos de sus verdugos; todavía más, el citado Méndez, viendo que nada adelantaba en su comisión, ha querido dejar el dinero en poder de Don Juan Antonio Rodríguez para que éste haga el reparto; pero dicho señor se ha rehusado aceptar el encargo, manifestándole que era inútil aquella medida, porque estaba seguro que nada se conseguiría, pues conocía perfectamente el carácter de sus paisanos y creía que era en vano todo esfuerzo sobre el particular.” Así pues, Méndez devolvió á Carlota *los tres mil pesos*.

Vuelvo ahora á seguir mi narración sobre la marcha del ejército del general Arteaga. Entre los papeles que tengo en mi poder hallo en un *carnet* de aquella época los siguientes apuntes que copio literalmente:

“A nuestra salida de Uruapan, la división se formaba de igual número de hombres que la componían cuando atacamos la plaza, pues que habíamos cubierto las bajas con los

soldados que cayeron prisioneros. Esto no siempre es conveniente, porque en la tropa veterana del ejército reaccionario, las clases participan del odio de los jefes contra los liberales, y la fuerza que mandaba el coronel Lemus se componía toda de los antiguos soldados de Márquez y Miramón. Así es que desde luego se introdujo en las filas el espíritu de partido, se manifestaron el celo y la envidia y reinó la indisciplina.

“Por lo demás, la salida precipitada en la noche; la necesidad de huir, cuando se acababa de alcanzar un triunfo; el regreso á lugares faltos de recursos, cuando se tenía la ilusión de permanecer en Uruápan, donde había abundancia de todo, abatieron la moral del soldado, y la marcha se hizo en medio de la tristeza y de la confusión, que aumentaban las fatigas.

“El 23 continuamos nuestra retirada, penetrando en la tierra caliente, en aquella parte que pertenece al plan de Urecho, la más cálida é insalubre de la zona. La marcha era lenta, á causa de lo fangoso de los caminos, si caminos pueden llamarse semejantes veredas, pedregosas y desiertas. No cesaba de llover; los ríos estaban invadeables y los arroyos convertidos en torrentes. Apenas pudimos llegar á Pueblo Nuevo en la tarde del día 24. La deserción había cundido en el ejército, iniciada por los soldados prisioneros y comunicada en nuestras filas, como una de esas enfermedades que invaden agrupaciones enteras de hombres. En el camino quedaban regadas las armas y, de trecho en trecho, se veían caballos próximos á expirar por el cansancio, y bandadas de zopilotes posados tétricamente en los árboles, esperando que su presa exhalara el último aliento para caer sobre ella y desgarrarla.

“De Pueblo Nuevo se desprendieron las secciones de Garnica y Ronda que obtuvieron el permiso de volver á sus terrenos (línea de Quiroga á Puruándiro), tanto por no dejar abandonado el centro del Estado, como para evitar que se les destroncara su caballada. Recibieron orden de dirigirse primero á Tacámbaro y permanecer en aquella ciudad unos cuantos días, en observación del enemigo.

“El resto de la división siguió su marcha por la tierra caliente; el 26 pernoctó en el rancho del Atuto y el 27 llegó á la hacienda de Tamo.

“Las jornadas eran cada día más fatigosas. Al día siguiente nos dirigimos á Sinagua. Aquella tarde presencié una de las escenas que varias veces se verificaron en nuestro ejército.

“El calor era insoportable: nuestros soldados no habían comido desde la víspera, y más que el hambre, la sed los devoraba. No había en aquel desierto ni un manantial, ni el más pequeño arroyo, ni una charca siquiera.

“De repente se oyó un grito agudo; un soldado se tambaleaba y en seguida se desplomó; después caían grupos de hombres soltando de la mano los fusiles. Eran presa de horribles convulsiones, con el semblante amoratado y la boca escupiendo una saliva sanguinolenta. Como si todos ellos estuvieran acometidos de la terrible meningitis y de la despiadada oftalmía, tenían los ojos inyectados y salientes y se notaba en ellos lastimoso abatimiento. Cuando el único remedio hubiera sido la baja de la temperatura, un sol de fuego parecía complacerse en causar aquella espantosa hecatombe. En vano el General Riva Palacio, seguido de muchos oficiales, ministraba dosis de alcohol á los enfermos; en vano, haciéndonos apeaar, daba nuestros caballos á muchos de aquellos infelices; la insolación hacía estragos. Más de trescientos soldados yacían tendidos en el suelo. Sólo la noche puso término á aquella escena de espanto y de desolación, en que quedaron muertos más de sesenta hombres, muchos de los cuales se enterraron en Sinagua, en donde los soldados abrieron sepulturas con sus bayonetas.

“En tan afflictivas circunstancias llegamos el día 28 á Churumuco. Habíamos sufrido innumerables bajas por deserción, por enfermedades y por la muerte de nuestros soldados.

“En Churumuco todo era confusión: el general Régules estaba postrado en cama acometido de intermitentes, que, como se le fueron agravando, lo hicieron permanecer en aquel pueblo por espacio de más de un mes; el general Riva Palacio insistía en que se continuase la marcha hasta Huetamo para proveer al Ejército de toda clase de recursos y levantar su moral decaída, y el general Arteaga, obedeciendo á la irresolución de su carácter, á veces defería á esta opinión, á veces expresaba la de ir á tomar cuarteles en Tacámbaro para

aprovechar mejores elementos, á fin de que, en caso de un nuevo combate, nuestros soldados estuviesen en aptitud de pelear.

“Por último, prevaleció este parecer: El general en jefe dispuso que marchasen para Huetamo los oficiales prisioneros hechos en Uruapan, los cuales fueron conducidos por una escolta que mandaba el comandante Crescenciano López. El Ejército tomó el camino de Tacámbaro, haciendo una marcha sinuosa, por senderos impracticables, atravesando desiertos, escalando las pendientes de los ramales que se desprenden de la Sierra Madre y llegando al término del viaje al anochecer del 14 de Julio.

“Aquella noche dormimos acuartelados en Tacámbaro. Al día siguiente hubo una alarma por noticias venidas de Morelia. En virtud de ellas se nos mandó situar en la Loma á corta distancia hacia el Sur. Salimos á las seis de la tarde y acampamos allí. Toda la noche estuvo diluviando y reinaba una obscuridad profunda que favoreció la deserción en pelotones. No hubo quien durmiera, ni era posible hacerlo en aquella noche en que se desataron los torrentes del cielo.

“Muy de mañana se nos hizo regresar á Tacámbaro, pues que la alarma había cesado.

“El 16 fué domingo, día de *tianguis*: las dos plazas en que se verificaba el mercado estaban llenas de gente. No recuerdo con qué objeto acudí muy temprano á aquellos sitios, pero sí que observé en todos los semblantes cierta inquietud, y en el gentío no se escuchaba ese rumor simpático y lleno de animación, como el de un colmenar, que se alza á la hora del mercado. Las señoras que, como es costumbre, van en esos días á surtirse de *recaudo* (provisiones de verdura y semillas), hacían sus compras á toda prisa y regresaban apresuradamente á su casa. Nada había que determinase semejante alarma de que estaba saturado el aire de Tacámbaro, pues no se tenían noticias de la aproximación de fuerzas enemigas. Sin embargo, en la campaña, mas de una vez observé que precede á las batallas algo misterioso que las anuncia, y casi siempre es justificado el presentimiento.

“Así sucedió en esta ocasión. Se había dado orden, que se

ejecutó puntualmente, de que los soldados desarmaran sus fusiles y diesen *badanazo*. Esto indicaba que los jefes no creían que el enemigo pudiera sorprendernos. Serían las diez de la mañana cuando se produjo una horrible *alta*¹ en la población. Bastó que se hubiese visto llegar corriendo al indio Victoriano Acosta, nuestro famoso explorador, para que comenzaran á levantarse los *puestos* en las plazas, á cerrarse las tiendas y la gente á correr en todas direcciones. Unos minutos después reinaba el silencio en la ciudad. La tropa armaba precipitadamente los fusiles, y salía rumbo al Sur, abandonando el *ranchito* que en aquellos momentos se preparaba en los cuarteles. Fué á tomar posiciones á Cerro Hueco, menos de una legua distante de la ciudad. A reconocer al enemigo se envió al teniente coronel Norberto Salgado, jefe del 7^o Escuadrón, quien á la cabeza de los suyos subió el camino de la Mesa.

“Desde el viernes, día de nuestra llegada á Tacámbaro, el general Riva Palacio había insistido en que se formase el campamento en la *Cuesta del Toro*, lugar que tiene todas las condiciones necesarias para hacer una defensa ventajosa, distante de la ciudad, pero, pudiéndose comunicar con ella en unas cuantas horas y situado además en un paraje que se presta á la comodidad y al descanso. Arteaga no aceptó este pensamiento sino á última hora, cuando la retirada á aquel punto hubiera sido una verdadera fuga y en consecuencia una derrota completa. Ante estas observaciones de Riva Palacio, Arteaga comprendió que no había ya más recurso que librar la batalla, ni punto que tuviese menos inconvenientes para localizarla que *Cerro Hueco*.

“Formaban en él su línea nuestras exiguas tropas, cuando se oyeron salir de las filas muchos *vivas* de entusiasmo. Era que los soldados acababan de ver llegar enfrente de ellos al general Salazar, y la sola presencia de este jefe les infundió ánimo y les presagiaba la victoria. Desgraciadamente, aunque Salazar, sobreponiéndose á sus resentimientos contra Arteaga, se le había presentado en la mañana, ofreciéndole sus servicios, el general en jefe no quiso aceptarlos. Salazar, que

¹ Nombre vulgar que sustituye al de *alarma*.

no podía permanecer en Tacámbaro, tomó el camino de Turicato, teniendo que pasar por frente á las tropas. Entonces fué cuando lo vieron los soldados y lo saludaron con aclamaciones de alegría. Salazar, hondamente conmovido y lleno de tristeza, contestó el saludo y continuó su marcha. Como sucede en esos casos, lo mismo al individuo que á la colectividad, se operó en el ánimo de los soldados una funesta reacción. A la confianza que les había inspirado la llegada de aquel jefe sucedieron el desaliento y el temor. Entonces se recordó en las conversaciones que tenían entre sí, que el general Arteaga estaba perseguido por la desgracia, que la fortuna le era siempre adversa, y hasta hubo voces que indicaran duda respecto de su lealtad. Todo el mundo presentía la derrota.

“Bajo estas impresiones se acabó de formar la línea de batalla. Entretanto, como la proveeduría había hecho trasladar el rancho á la loma, los rancheros comenzaban á repartir las cacerolas, cuando se oyó nutrido fuego en el Norte de la ciudad y se vió la fuerza del teniente coronel Salgado, batiéndose con la vanguardia del enemigo: entonces tampoco hubo tiempo de tomar el alimento; un ayudante del general Arteaga comunicó la orden de rectificar la línea de batalla, disponiendo que las caballerías se situasen al pie de la loma. En medio de la confusión consiguiente, se ejecutaba mal este movimiento. Arteaga y Riva Palacio, que acababan de salir de Tacámbaro, se presentaron en Cerro Hueco y se procedió á concluir la organización de la línea de batalla que estaba incorrecta: los batallones confundidos; las piezas de artillería unas desmontadas y otras todavía en el lomo de las mulas.

“Definitivamente quedaron instaladas nuestras tropas: la infantería y la artillería un poco abajo de la cima de la loma, la caballería al pie hacia la derecha. Nuestro ejército se componía á lo sumo de mil quinientos hombres.

“El del enemigo estaba formado de los seiscientos de la legión belga, de igual número de plazas que tenía el batallón del “Emperador,” á las ordenes del coronel Méndez, y de trescientos jinetes del 4º regimiento de caballería que mandaba el coronel W. Santa Cruz. Como jefe de esta columna iba el

teniente coronel Van der Smissen, sin que nos extrañe que dos jefes de superior grado le estuviesen subalternados, pues es una de las humillaciones que tienen que sufrir los imperialistas *mexicanos*, la de que reunidos á una fuerza extranjera, el *mexicano* por alto que sea su empleo en la jerarquía del ejército, debe reconocer como superior al oficial, francés, belga ó austriaco, aunque sea inferior á él.

“Al avistarse ya el enemigo en la orilla Sur de Tacámbaro, los generales Arteaga y Riva Palacio recorrieron el frente de su batalla. Arteaga, con un antejo en la mano, iba montado en un caballo negro que apenas podía soportar el peso de aquel jefe, cuya obesidad era extraordinaria.

“El general Riva Palacio se detuvo en el centro de la línea, y alzando la voz, dirigió la palabra á los soldados, recordándoles sus recientes triunfos, en especial el que habían adquirido sobre los belgas. El general estuvo feliz, pues logró despertar por un momento el entusiasmo de las tropas.

“Entre Tacámbaro y la cordillera en que nos hallábamos, media una llanura: había allí algunos cañaverales (campos de caña de azúcar). El enemigo apareció en el llano: avanzaba en buen orden, y formando su línea de batalla entre las plantaciones referidas, se parapetó detrás de unos vallados. Desde allí rompieron el fuego de artillería y fusilería, y viendo que los nuestros permanecían impávidos, Van der Smissen destacó en columnas cerradas á sus belgas, que se lanzaron valerosos ascendiendo la pendiente, vomitando sobre los nuestros una lluvia de certeras balas.

“No puedo referir con orden todo lo que pasó en aquella jornada, que se desarrolló en diversos episodios acaecidos á la misma hora.

“El general Arteaga ordenó con su clarín una carga de caballería para flanquear al enemigo, al propio tiempo que los regimientos de éste se lanzaban á su vez sobre nuestros escuadrones. El choque fué terrible pero instantáneo: nuestros jinetes, no contando con sus caballos, hambrientos y endebles, huyeron, abandonando unos sus cabalgaduras y los otros introduciendo una confusión lamentable.

“Entretanto los belgas seguían ascendiendo; parte de nues-

tra infantería había salido á su encuentro, trabándose un ruidoso combate á la bayoneta. Los chinacos se batían con encarnizamiento, oponiendo á la disciplina de los extranjeros el valor indomable del guerrillero mexicano. Nuestros soldados lucharon con tal bravura, que los belgas cejaron. Ya se sabe lo que en estos casos hacen nuestros chinacos: un torrente que se despeña de lo alto es menos impetuoso, las olas del mar están menos embravecidas. Se arrojaron sobre la legión extranjera: muchos de los belgas tiraron sus carabinas y emprendieron la fuga.

“¿Qué pasó entonces? El clarín del Cuartel General sonó repetidas veces la orden de retirada y “alto el fuego.” Los cuerpos liberales vencedores se detuvieron estupefactos, y repentinamente de entre ellos salieron los gritos de *traición! traición!* Los soldados se decían unos á otros que era *entrega* del general Arteaga. El pánico fué espantoso.

“Lo repito, todo esto pasaba á un mismo tiempo: lo abarcaba el general Arteaga de un golpe de vista desde donde dirigía la batalla: la derrota de nuestra caballería; los regimientos del enemigo que avanzaban tratando de cortarnos la retirada; las columnas de Méndez ascendiendo con admirable disciplina en auxilio de los belgas; nuestra artillería que no funcionaba con regularidad; nuestros batallones, los que no habían entrado en combate, pidiendo, exigiendo parque; gritos de desorden y de angustia, soldados cayendo desmayados por el hambre y la sed. ¿Qué importaba que una parte de nuestra tropa hubiese alcanzado un pequeño triunfo? La derrota se venía encima, inevitable, absoluta. En aquellas circunstancias, el general Arteaga no hizo más que lo que le aconsejaban la prudencia y el deber.

“El combate había comenzado á las doce de la mañana, y concluía antes de las dos de la tarde.

“Digo bien: el combate había concluído, pero comenzó luego la matanza: aquello era una batida general. El coronel Ramón Méndez destacó al coronel Wenceslao Santa Cruz sobre la muchedumbre de dispersos. Santa Cruz era un jefe español que había abrazado la causa del imperio y que odiaba á los mexicanos. Mandaba, como he dicho, el 4º cuerpo de ca-

ballería, y en aquel día hizo montar á la grupa de sus jinetes otros tantos infantes. A medida que iban alcanzando á los fugitivos, los mataban sin piedad, bajándose los infantes á fusilarlos. Creo que en nuestras revueltas jamás se había dado caso de una carnicería igual. Los pocos prisioneros debieron su vida á la intervención de los belgas.

“A este propósito referiré un curioso episodio: José G. Caldelas, aquel simpático prisionero de Puebla, se hallaba entre un grupo de traidores que pretendían que se arrodillase para fusilarlo, prodigándole al mismo tiempo toda clase de insultos. Caldelas permanecía de pie, sereno y altivo. Ya preparaban los imperialistas sus fusiles para hacerle fuego, cuando se aproximó un joven oficial belga. Al verlo, hizo Caldelas el signo masónico de socorro, y en el acto el oficial extranjero, repitiendo el signo, penetró al grupo, y tomando del brazo al capitán republicano, dijo que aquel hombre le pertenecía, y lo condujo al lugar donde se hallaban los demás prisioneros.

“Nuestra derrota fué un verdadero desastre. Perdimos toda nuestra artillería, la mayor parte del armamento, las cargas todas. Tuvimos más de trescientos muertos y heridos y como ciento cincuenta prisioneros: entre los primeros se debe contar al teniente coronel Luis Santa María Cruzado, y entre los segundos al coronel José María Hernández, y á muchos jefes y oficiales.

“Si entre muertos, heridos y prisioneros faltaban más de quinientos hombres, calcúlese cuál sería el número de los dispersos. Podía decirse que la división había concluído.

“La desbandada se hizo en todas direcciones. El general Riva Palacio, seguido de tres individuos de su Estado Mayor, se dirigió por el camino de Chupio á Turicato. Caminábamos á escape porque nos seguía un piquete de caballería del enemigo. Por fortuna comenzó á caer un fuerte aguacero y pudimos tomarles la delantera.

“Grande fué nuestro gusto cuando al bajar por la pendiente de San Rafael descubrimos á Turicato, á ese oasis, uno de los más fértiles, de los más hermosamente situados en la tierra caliente. Contemplamos los centenares de palmeras que

mecen al aire sus penachos; sus tamarindos colosales de obscuras frondas; sus mameyes cuajados de frutos, y los cimbradores platanares; divisamos los dos caudalosos ríos, el *Caliente* y el *Frio*, que lo circundan como con dos bandas de plata y que se juntan hacia el Sur para formar una poderosa corriente.

“Cuando entramos al pueblo la tempestad había cesado, y el crepúsculo se ostentaba en un cielo despejado. En aquel momento uno de los ayudantes gritó:

“—¡Los mochos!

“En efecto, la partida que nos perseguía asomaba en lo más alto de la cuesta de San Rafael.

“—¡Estamos perdidos! gritamos todos.

“—¡Estamos salvados! dijo el general; síganme. Corrimos con toda la velocidad posible sin comprender nosotros dónde estaría nuestra salvación, puesto que la distancia del enemigo se acortaba más y más. Llegamos al río Caliente y lo vadeamos. Avanzamos medio cuarto de legua y el general mandó hacer alto.

“—Echen pie á tierra y paseen los caballos.

“—Nos miramos sorprendidos. El enemigo no tardaría en llegar.

“—Pie á tierra, repitió el general. Estamos salvados. ¿No oyen el ruido del río?

“Lo comprendimos todo. La creciente había bajado, tremenda, impetuosa, con un inmenso caudal de agua. Cuando los imperialistas llegaron á Turicato, los dos ríos estaban invadables, y aquéllos, respirando despecho y viéndose burlados, tuvieron que regresar á Tacámbaro.

“Riva Palacio y los suyos continuaron su camino por el río del Olvido y Oropeo hasta la Huacana. Allí se incorporó Villada con su batallón en cuadro, y después de dos días de descanso pasaron á la hacienda del Tejamanil, en donde hallaron al teniente coronel Leonides Gaona, que había salvado íntegro su pequeño batallón. En Turicato, Eguiluz y otros jefes estaban ya reorganizando sus fuerzas de caballería. En Pedernales un grupo de jefes y oficiales de los dispersos, oyendo la noticia que circulaba como válida de que el general

Arteaga había muerto en una barranca al huir de Cerro Hueco, trataron de proclamar general en jefe del Ejército al general Salazar. Riva Palacio se dirigió á aquel punto y pudo sofocar en su cuna este germen de rebelión.

“En Pedernales y Puruarán se incorporaron al general algunos otros jefes, cada uno de ellos con los soldados que había podido recoger; de modo que al hacer su entrada Riva Palacio en Tacámbaro el 22 del mismo mes de Julio, llevaba ya á sus órdenes cerca de seiscientos hombres. Desde la Huacana había puesto una circular á los jefes de línea y á los prefectos del Estado, avisándoles la derrota de Cerro Hueco, manifestándoles que desde luego procedía á la reorganización del Ejército, y expresándoles la confianza que tenía de no ser cierta la noticia de la muerte del general Arteaga, quien debería encontrarse en aquellos días en Turicato.

“Diré ahora lo que había pasado con el general Arteaga. Desconfiando del vigor de su cabalgadura, en los momentos de pronunciarse la derrota, el general no siguió el camino de Chupio, sino que tomó la dirección á la izquierda, acaso con el objeto de ocultarse en unas milpas que allí había; mas viéndose perseguido, metió espuelas á su caballo haciéndolo galopar. Al llegar á un punto llamado la Bartolina, el caballo y el jinete cayeron á una profunda barranca, quedando inmóviles. Los imperialistas que lo seguían, sin conocerlo, acaso juzgaron muerto á aquel hombre, acaso no lo vieron caer, lo cierto es que nadie descendió al abismo, y el general Arteaga, privado de conocimiento algunas horas, permaneció en el fondo de la barranca, hasta que al día siguiente unos mozos de la hacienda de Chupio avisaron al Administrador de la finca, D. Procopio Rodríguez, el paradero de Arteaga. Rodríguez envió inmediatamente por él y lo trasladaron en camilla, porque estaba lleno de contusiones. Pocas horas permaneció el general en la hacienda, pues los imperialistas recorrían aún el campo de Cerro Hueco, á menos de una legua de distancia de la hacienda. Recuerdo haber oído contar al mismo general Arteaga que al salir de Chupio se le acercó un rancharo y le entregó su reloj de oro y un anillo de plata que había encontrado en la barranca de la Bartolina. El